

PORRINAS GONZÁLEZ, David

El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra.

Desperta Ferro Ediciones.

Madrid, 2019, 404 pp.

ISBN: 978-84-120798-2-1

Rodrigo Díaz el Campeador es un personaje eterno que ha sobrevivido a los siglos suscitando un interés inusitado. A pesar de que han pasado casi mil años de su desaparición, sigue siendo un personaje conocido en nuestra cultura y al que se sigue recurriendo en la actualidad como adalid de ideales diferentes y, muchas veces, contradictorios. Sin embargo, se conoce más al personaje que se hizo leyenda que al propio Cid de carne y hueso. Sobre todo, porque el Campeador se convirtió en mito al poco tiempo de fallecer y fue dejando espacio a la leyenda que se ha ido construyendo a través de los siglos y que ha ido deformando su imagen, adaptándola a los tiempos y versionándola según los intereses de cada momento histórico en el que ha sido objeto de admiración.

El libro de David Porrinas ha entrado en el panorama historiográfico con importantes novedades acercándonos a una cara más real del personaje histórico. No es un libro más sobre el Cid, sino un trabajo que, en mi opinión, sienta las bases para conocer mejor al personaje histórico del siglo XI, despojado de los anquilosados atavíos con los que se ha ido adornando su figura a lo largo de los siglos. Porrinas, experto en guerra y caballería en la Plena Edad Media, considera al personaje como lo que sobre todo fue: *un señor de la guerra*. De ahí la novedad, porque el libro se adentra en la vertiente táctica y militar del personaje histórico y descubre a un hombre de su tiempo que vivió por y para la guerra. Argumento clave que, hasta el momento, solo había sido puesto de relieve

por el propio Porrinas y por Francisco García Fitz, su director de tesis, y que es esencial, también, para analizar la figura mítica del Cid, ya que el personaje histórico dio paso a la leyenda, ciertamente, por su elogiada destreza en la actividad militar.

El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra se divide en ocho capítulos. El primero de ellos constituye un planteamiento del escenario peninsular y europeo del siglo XI en el que se forja el Campeador –*Campidoc-tus*–, «señor del campo de batalla», como fue llamado en su tiempo. Un siglo XI lleno de innovaciones y cambios en el orden social, político, militar, económico y religioso que explican cómo llegó a entender el Cid su relación con los poderosos, cómo entendió el ejercicio de la guerra y cómo fundó su propio señorío. Es del mayor interés la hipótesis de Porrinas sobre cómo el Cid habría buscado la continuidad de su señorío estableciendo una relación de vasallaje directa con el papado. No es este un aspecto nuevo, ya que otros gobernantes, antes y después, hicieron una jugada similar para legitimar el dominio que ejercían sobre ciertos territorios, pero resulta muy revelador que un comandante como era el Cid llegase a entender que la pervivencia del señorío que él mismo había creado pasase por la legitimidad de Roma. Destaca, también, en este capítulo la exposición del autor sobre la caballería y la táctica guerrera de la carga de caballería que se convirtió en un elemento determinante y dominante en los campos de batalla (pp. 4-6). Fue este, como asegura Porrinas, un elemento que sobresalió en las tácticas dirigidas por el Cid porque, a pesar de que, en su época, el combate campal era menos frecuente que los asedios y las cabalgadas predatorias, el Campeador llevó a cabo varios de estos combates –unos seis– en los que siempre resultó victorioso.

A partir del segundo capítulo y hasta el séptimo, Porrinas hace emerger al personaje histórico siguiendo un hilo biográfico que da cuenta, sobre todo, de las cuestiones militares en las que se involucró el Campeador. Y es particularmente interesante el manejo que el autor hace de las fuentes cristianas e islámicas, que somete a un continuo examen, para acercarse al personaje real. En el segundo capítulo, en concreto, Porrinas se centra en los primeros años de vida de Rodrigo Díaz. Advierte aquí que no sabemos prácticamente nada acerca de la niñez de Rodrigo y, muy poco, sobre su adolescencia. Tampoco se conoce mucho sobre sus orígenes familiares, aunque Porrinas se decanta por la teoría de Margarita Torres, quien defiende que el padre del Cid era un segundón de la familia leonesa Flaínez desterrada a la frontera con Castilla por Fernando I por haberse declarado en rebeldía tras la muerte de Bermudo III, de quien era partidaria. Porrinas secunda esta teoría dando argumentos que podrían ayudar a consolidarla: propone que Rodrigo habría pasado su infancia en la corte de Fernando I como rehén, lo que habría garantizado al rey que el padre de Rodrigo no volviera a apoyar más rebeliones contra él. El autor reconoce que no es seguro que esta práctica tuviese difusión en la época del Cid, pero afirma que era un método generalizado para garantizar el cumplimiento de ciertos acuerdos, aunque no puede aportar nada más a esta cuestión por la escasez y parquedad de las fuentes; sin embargo, sí se inclina por situar los orígenes del Cid en un linaje más elevado del que tradicionalmente se ha pensado (pp. 48-52) y asegura que lo que se sabe con seguridad de los primeros años de vida del Cid es a partir de su vinculación a la corte al servicio de Sancho II, primogénito de Fernando I, siendo, precisamente, sus cualidades guerreras las que lo ponen de

relieve en las fuentes. Como guerrero avanzado, el Cid entró al servicio de Alfonso VI, conoció la realidad musulmana de las taifas y fue desterrado por el rey después de llevar a cabo una acción personal contra la taifa de Toledo que puso en riesgo la estrategia diplomática del rey para hacerse con la ciudad del Tajo. Un destierro que, para Porrinas, supuso la gran oportunidad para el Cid (pp. 75-76).

Oportunidad que es el objeto del tercer capítulo del libro, donde el autor constata que esos fueron los años más importantes de la vida del Cid porque, durante ellos, se forjó el señor de la guerra que ha pasado a la historia y a la leyenda. Fueron años en los que, sin señor ni protector, hubo de buscarse un porvenir y lo hizo, como afirma el autor, luchando y comandando tropas en el campo de batalla al servicio de un príncipe musulmán (p. 80); lo que, sin duda, le reportó conocimientos de dos mundos en continua pugna, el cristiano feudal y el musulmán tributario. En este contexto de guerras, el Cid engrandece y consolida su prestigio en la Península como guerrero y aumenta su riqueza por sus acciones de guerra. Según Porrinas, la derrota de Alfonso VI en la batalla campal de Zalaqa (1086) contra los almorávides habría supuesto que el rey leonés entendiera la necesidad de recuperar al guerrero Rodrigo para su ejército (pp. 113-114). Y así volvió el hombre desterrado. Un hombre distinto, un guerrero de éxito con experiencia y conocimientos nuevos que había conseguido hibridar huestes cristianas e islámicas bajo su mando. Alfonso VI lo quería a su lado defendiendo y protegiendo Valencia.

Ahí empezó el sueño del Cid, el de convertirse en príncipe de su propio señorío, que Porrinas desarrolla en el capítulo cuarto. Según el autor, fue ese deseo del Campeador lo que le habría llevado a su segundo destierro,

al traspasar el límite de las funciones encomendadas por el rey (p. 120), porque buscó dominar Valencia para sí. Considerado por Alfonso VI como traidor, a partir de ese momento el Campeador será su propio señor y protector y dirigirá sus esfuerzos hacia la consolidación de un señorío propio con sus únicos recursos.

Las acciones de un Cid desligado de los lazos feudo-vasalláticos se analizan en el capítulo quinto. En esta nueva etapa, Rodrigo Díaz se consagró a la guerra y a las relaciones políticas propias y, como apunta Porrinas, dispuso íntegramente de los ingresos por la protección militar, la extorsión y la razia (p. 157), puesto que se había convertido en un señor independiente. Ahora tenía vía libre para actuar más intensamente sobre el territorio que rodeaba Valencia. Es de especial relevancia que, en ese momento, el Cid no poseía aún un lugar estable como base de operaciones, sino que se movía sobre el terreno buscando los mejores lugares en los que resguardarse y aprovisionarse. Lo más parecido a una retaguardia para el Cid, como afirma Porrinas, era la taifa de Zaragoza con la que seguía manteniendo una buena relación. Además, es en este capítulo donde más se pone en evidencia la capacidad de liderazgo del Cid que, como señor, logró mantener un ejército propio, híbrido de caballeros cristianos y musulmanes, y, lo que es totalmente inusual para la época, permanente. Todo ello lleva al autor a definir al Campeador como uno de los mejores líderes militares de toda la historia por su capacidad de liderazgo, motivación y cohesión de su ejército (p. 170). Otro aspecto fundamental tratado en este capítulo es el interés por parte de Rodrigo Díaz en una reconciliación con Alfonso VI, aprovechando el contexto de una nueva venida de los almorávides a la Península. Creo que es un aspecto sobre el

que todavía hay que incidir porque el Cid llegó a abandonar el asedio de la fortaleza de Liria, cuya rendición estaba a punto de conseguir, para reunirse con las tropas de Alfonso VI y enfrentar juntos a los almorávides (pp. 183-184) y, quizás, esta circunstancia puede revelar que Rodrigo no estaba tan a gusto como señor independiente. Tal vez, lo que pretendía el Cid de Alfonso VI era una legitimidad que no obtuvo y que hubo de buscar en otro poder. De hecho, Porrinas apunta la teoría de que tanto el Cid como el rey codiciaban Valencia y que, por eso, no llegaron a un entendimiento. Afina más, el autor, al afirmar que el Cid habría pedido a Alfonso VI erigirse en señor de Valencia (pp. 184-187).

Los capítulos sexto y séptimo analizan cómo, a partir de ese momento, las acciones de Rodrigo se dirigen a mantener una serie de alianzas, a un intenso hostigamiento hacia el territorio valenciano y a guerrear contra quien se interpusiera en sus objetivos con sus únicos recursos y bajo la constante amenaza almorávide, enemigo al que solo él consiguió derrotar. Una vez controlado el territorio valenciano, el Cid intensificó sus acciones contra Valencia, que asedió hasta ahogarla para que se rindiera. En esta parte, Porrinas nos revela al Cid más experto en la guerra, pero también más vengativo y cruel, capaz de hacer uso de potentes armas psicológicas de insurgencia y contrainsurgencia, así como de torturar y hacer ejecuciones públicas para infligir miedo al adversario. En esa coyuntura, una Valencia al límite se rindió el 16 de junio de 1094. Con Valencia bajo su mando y derrotados los almorávides, que desesperadamente buscaron recuperar la plaza, el Cid se dedicó a gobernar su propio señorío con aspiraciones de crear un principado que iba a gobernar, después de él, su hijo Diego. Pero este falleció en la batalla de Consuegra

(1097), que enfrentó a las tropas de Alfonso VI con los almorávides. De nuevo, Porrinas propone que el único hijo varón del Cid se habría criado en la corte del rey de León para que este pudiera controlar las veleidades de su padre (p. 277), una hipótesis plausible en línea con lo expuesto anteriormente. Muerto el heredero de Rodrigo, sus planes para la continuidad del señorío de Valencia se desvanecieron y, aquí, apunta el autor la interesante teoría por la cual el Campeador habría intentado rendir vasallaje al papa convirtiendo la mezquita mayor de Valencia en iglesia cristiana; planes que podrían haberse ejecutado también, aunque su hijo no hubiese fallecido, porque lo que buscaba el Cid con esa acción era una legitimidad para que su señorío continuara en sus herederos. Y aún apunta Porrinas otra hipótesis reveladora conectada con lo anterior: los esfuerzos de Jimena por mantener el señorío en la familia y por preservar la memoria de su esposo tras su fallecimiento en 1099. Según el autor, fue la esposa del Cid quien habría ahondado en el vasallaje con el papa, ampliando las donaciones a la catedral de Valencia, como última y desesperada opción por mantener el señorío bajo el control de su familia; y ella misma, junto con el obispo Jerónimo de Perigord, estaría detrás de los primeros escritos que pretendían recordar y honrar al Cid. Me parece un aspecto trascendental sobre el que todavía se podría profundizar: la escasez de noticias sobre Jimena es un obstáculo importante, pero, tal vez, podrían compararse estas acciones como señora de Valencia con las de otras reinas e infantas que dedicaron esfuerzos a preservar la memoria de su linaje¹.

¹ ¿No es esto mismo lo que Georges Martin propone que hicieron la reina Urraca y la infanta Sancha Raimúndez, como protectoras de la memoria de su linaje, en el desarrollo de una historiografía real y de un pensamiento político leonés?, cf.

El último capítulo del libro, el octavo, es, sin duda, un gran esfuerzo de erudición que consolida el grado de innovación aportado por Porrinas a lo largo del libro: en él se constata que es el peso de la figura del Cid como guerrero el que permite que el personaje pase a la historia, pero, sobre todo, a la leyenda que se ha renovado continuamente durante los últimos mil años. Porque su imagen heroica empezó a construirse aún en vida del personaje y, después, a partir de dos logros verídicos de especial trascendencia: la conquista de Valencia por un señor de la guerra autónomo y su destreza en las batallas campales en las que nunca fue derrotado. Aspectos que llamaron la atención en los siglos XII y XIII y que pasaron a formar parte de la épica heroica del Cid, en el *Cantar de mio Cid* y en las crónicas Alfonsíes, mezclados con otros elementos inventados que contribuyeron a hacer más grande su leyenda y a penetrar en la cultura popular. Con el pasar del tiempo, la figura del Cid fue retroalimentándose de los ideales de cada época, de manera que cada siglo construyó a su propio Cid, y, así, el personaje histórico quedó cada vez más oscurecido por el mito y la leyenda. Porrinas hace aquí un análisis inteligente sobre los aspectos más míticos del Cid que ha llegado hasta nuestros días, acercándose a cada época histórica y a los intereses particulares de quienes, de una forma u otra, han hecho uso de su figura.

El libro se cierra con un anexo sobre las fuentes para el estudio del Cid histórico que es de absoluta utilidad, sobre todo, por el análisis crítico de las fuentes que en él realiza el autor. Merecen también especial mención los abundantes mapas con los que se dibujan

MARTIN, Georges. «La part des femmes dans le développement d'une historiographie royale et d'une pensée politique léonaises aux XII^e et XIII^e siècles». *e-Spania*, 30, 2018.

las campañas militares más importantes en las que participó el Campeador, pues son un recurso muy ilustrativo que ayuda a entender los movimientos y tácticas aún no siendo un experto en cuestiones militares.

En suma, el libro de David Porrinas es una gran biografía cidiana que crece a cada página porque también la información sobre el Cid aumenta según avanza su vida, y que alcanza no solo al personaje histórico, sino que, además, desmonta, de manera brillante, el mito creado en torno a su figura. Asimismo, en este libro la historia del Cid se pone en relación con otros hitos y personajes

europeos del siglo XI que llevaron a cabo actuaciones muy similares, tal vez, con objetivos parecidos. Circunstancia que pone de relieve, una vez más, que el Cid Campeador es en sí una fuente inagotable de conocimiento a la que el historiador puede recurrir. Como afirma el autor, «nunca estará todo dicho acerca de este fascinante personaje» (p. xv), pero no cabe duda de que los futuros investigadores no podrán escribir sobre el Cid sin recurrir a este gran libro de David Porrinas.

Sonia Vital Fernández